



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

LA VIDA NUEVA **EL BAUTISMO**

0. INTRODUCCIÓN

El bautismo es el sacramento del que más habla el Nuevo Testamento; esto indica la importancia que tiene este sacramento en la Iglesia y en la vida de los fieles. De tal manera que, sin exageración, se puede afirmar que el bautismo es el sacramento fundamental que configura y determina toda la vida cristiana.

Pero es un hecho que el bautismo ha llegado a ser un rito insignificante para la vida de muchos cristianos. La gente se preocupa de que los niños sean bautizados por una serie de motivaciones de tipo sociológico, cultural y religioso. Pero luego casi nadie se vuelve a acordar de su bautismo y de las consecuencias que entraña. El hecho de recibirse en la más tierna infancia determina que casi nadie se da cuenta de lo que recibe cuando es bautizado.

Sin embargo en nuestra historia personal cuenta mucho nuestro primer nacimiento en el seno de una familia humana; desde ese momento tenemos un hogar, una patria, una cultura determinada. También por haber nacido en un país de tradición religiosa católica hemos sido bautizados. Este fue nuestro “segundo nacimiento”, ahora en el gran seno de la familia de Dios, la Iglesia.

En el nuevo Ritual del Bautismo, el celebrante abre la ceremonia saludando con estas palabras a los presentes y dirigiéndose principalmente a los padres y padrinos: “Hermanos, con gozo habéis vivido en el seno de vuestra familia el nacimiento de un niño. Con gozo venía ahora a la Iglesia a dar gracias a Dios y celebrar el nuevo y definitivo nacimiento por el bautismo”.

¿Qué significa en nuestra vida el bautismo?, ¿a qué nos comprometemos?

Es necesario descubrir la trascendencia de aquellas sencillas palabras dichas un día sobre nosotros: **“YO TE BAUTIZO EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO”**.

1. IMAGINEMONOS LA ESCENA

Para captar la esencia de un fenómeno es bueno estudiarlo allí donde se manifieste en su estado más puro. Por eso trasladémonos con la imaginación al siglo IV, cuando el bautismo se realizaba por “inmersión” (hoy en nuestra tradición latina se hace por “efusión”) y los que lo recibían eran casi todos adultos.

Hasta el siglo IV en las corrientes fluviales y luego en las piscinas de los baptisterios, los catecúmenos, ayudados por el ministro, se sumergían tres veces en el agua mientras éste pronunciaba la fórmula ritual: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

El gesto habla por sí solo. Bastaba verse hundir al neófito bajo las aguas y emerger después para saber lo que allí estaba sucediendo: “el hombre viejo ha sido sepultado, y un hombre nuevo ha salido al mundo”, decía Gregorio de Nisa. La resonancia de la conversación de Jesús con Nicodemo era muy grande.

Lo mismo quería expresar el cambio de vestidos: ya dentro del baptisterio, los catecúmenos eran despojados completamente de sus vestidos antes de penetrar en la piscina, esta desnudez total simbolizaba, para los Padres, el despojo del “hombre viejo”. Una vez fuera de la piscina, los neófitos eran nuevamente vestidos, pero ahora con una vestidura blanca, como señal de que “se habían despojado de la tosca túnica del pecado

y se habían revestido de los puros hábitos de la inocencia”, decía Cirilo de Jerusalén. Previamente a entrar en la piscina, los neófitos dejaban claro cómo era el “hombre viejo” que querían ahogar, mediante las *renuncias*, y mediante la *profesión de fe* (credo), esbozaban los rasgos del “hombre nuevo” que había de salir de las aguas bautismales.

Las renunciaciones y la profesión de fe no dejan lugar a dudas: los bautizados pretenden hacer presente un modelo alternativo de hombre. Ha “nacido otro” (traducción literal de “alter-nativo”).

Naturalmente las renunciaciones sólo tienen sentido en función de la profesión de fe. Suponen haber encontrado un “tesoro” y estar dispuesto a vender todo lo demás para hacerse con él (Mt 13,44-46). O haber descubierto la grandeza del misterio de Cristo y considerar todo lo demás como “basura”, con tal de ganar lo único que merece la pena de verdad (Flp 3,8).

2. NACIDOS DEL AGUA Y DEL ESPÍRITU

Así lo ha querido Cristo y así se lo dijo a Nicodemo: “El que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn 3,5).

Todo sacramento es un símbolo. Por eso para comprender un sacramento en concreto el camino más directo es analizar el símbolo que se utiliza en el mismo.

El agua simboliza estas cosas:

- *El agua da vida*: corresponde a la naturaleza misma de las aguas y su función fecundante. Por eso en muchas religiones se utiliza el agua para simbolizar que los fieles pasan de la vida a la muerte, y que tienen la vida que proviene de Dios.
- *El agua lava*: por eso en muchas religiones antiguas y modernas se utilizan ciertos lavatorios rituales para indicar y simbolizar que la gracia de Dios lava el espíritu, limpia del pecado o de las impurezas culturales y nos hace presentables.
- *El agua satisface la sed*: la sed expresa una de las necesidades fundamentales en la vida, de ahí que, con frecuencia, se habla de la sed para indicar nuestros deseos más grandes, nuestras necesidades y aspiraciones más profundas (ej. justicia, paz, etc.).
- *El agua mata*: sabemos que muchas veces es agente de destrucción y de muerte. Por eso el simbolismo de la inmersión en un río o en una piscina es frecuente para indicar que el hombre sepulta su vida pasada en el pecado y renace a una vida nueva de gracia y de amistad con Dios.

Estos cuatro simbolismos del agua aparecen en los distintos autores y tradiciones del Nuevo Testamento, aunque no todos de la misma manera ni con la misma frecuencia. El bautizado vive una vida nueva, lejos del mal y del pecado (Rm 6,4; 1 Jn 3,9). El bautismo es un baño renovador y regenerador (Tit 3,5; cf. Ef 5,26; Hb 10,22). El agua que quita la sed, de alguna manera, puede referirse al bautismo (Jn 4,14).

Pero, sin duda alguna, el cuarto simbolismo es el más destacado, cuando se trata del bautismo. Los grandes símbolos acuáticos del Antiguo Testamento, el diluvio (Gn 7,18-24) y el paso del mar Rojo (Ex 14), en el Nuevo Testamento son aplicados al bautismo cristiano (1 P 3, 20s; 1 Cor 10,1s). En uno de los textos bautismales más importantes del Nuevo Testamento, Rm 6,3-5, el bautismo cristiano se pone en relación con la muerte y la resurrección (cf. Col 2,11-12; Gal 2,20; 5,24).

Por el agua del bautismo, transfigurada, por la fuerza de la fe, Cristo nos libera del pecado y nos hace vivir para Dios. El agua del bautismo representa a Cristo, el “Agua Viva”. Y es que en bautismo quedamos sumergidos en Cristo, empapados de Cristo. Por eso, salimos del bautismo como nuevos, llenos de la vida de Dios. Es importante ser conscientes de lo que significa este “renacimiento bautismal” en nuestra vida; de otro modo difícilmente podremos dar un paso serio en el camino de la fe y del seguimiento de Cristo.

3. SACRAMENTO DE LA FE

Fe y bautismo son inseparables. “Id al mundo entero y predicad el evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará” (Mc 16,16).

Inmediatamente antes de pedir el bautismo del niño, el nuevo Ritual exige a los padres y padrinos una triple profesión de fe. Al llegar este momento, el celebrante, apoyado en la fe recién profesada, pregunta: “Queréis, por tanto, que vuestro hijo N. sea bautizado en la fe de la Iglesia, que todos juntos acabamos de profesar” Padres y padrinos responden: “Sí, queremos”.

La fe es necesaria para bautizarse, porque el bautismo se hace en nombre de Jesucristo. Si no tenemos fe, no tenemos nada que ver con Jesucristo ni pueden interesarnos seriamente los medios de salvación que él ha confiado a su Iglesia.

Pero, ¿dónde estaba nuestra fe si cuando nos bautizaron éramos inconscientes? Acaso puede alguien optar por Cristo “sin saberlo”, ser incorporado a la Iglesia sin su consentimiento? ¿cómo pueden recibir el “sacramento de la fe” quienes todavía no son capaces de creer?

La respuesta clásica ha sido que *la Iglesia presta a los niños su fe hasta que puedan hacerla suya*.

El bautismo de los niños sería entonces un caso límite, similar a la unción de aquellos enfermos que han perdido el conocimiento. Tanto en un caso como en otro, se justifica ese proceder por la esperanza *razonable* de que ellos mismos pedirían el sacramento si pudieran hacerlo. Por eso lo cuestionable no es bautismo de los niños cuanto el bautismo de *todos* los niños. Sólo se debería bautizar a los que razonablemente podemos esperar que mañana harán suyo ese bautismo; ésta es la idea recogida en el Código de Derecho Canónico, cuando afirma que para bautizar lícitamente a un niño se requiere que haya “esperanza fundada de que el niño va a ser educado en la religión católica; si falta por completo esa esperanza, debe diferirse el bautismo, según las disposiciones del derecho particular, haciendo saber la razón a los padres” (CDC 868). Como escribía Tertuliano, “si se comprende la importancia de las obligaciones contraídas por el bautismo, se temerá más recibirlo que diferirlo”.

Queda evidentemente, el problema que supone condicionar ya desde el nacimiento el futuro de ese niño; pero, como dice Sastre, que sabemos no era creyente, “el hijo tiene que pasar por el bautismo del ateísmo o por el bautismo cristiano. La verdad más dura para los liberales –pero toda verdad es dura para las tiernas almas liberales- es que hay que decidir por el hijo, y sin poder consultarle, el sentido de la fe (es decir, de la historia del mundo, de la humanidad), y que, se haga lo que se haga y se tome la precaución que se tome, padecerá toda su vida el peso de esa decisión”.

Hemos hablado del “riesgo”; terminemos hablando del significado profundo del bautismo infantil: el bautismo conferido a un recién nacido, que ningún mérito ha podido hacer todavía, manifiesta que la fe es un *don de Dios*. El Reino de Dios es de los que son como niños, dijo Jesús (Mt 19,14); frase que se adujo desde antiguo para justificar el bautismo de los pequeños.

La confirmación, que completa el bautismo cuando el niño ya ha crecido y la solicita personalmente, manifiesta que la fe también requiere la *respuesta del hombre*. Este es el misterio: “*manos vacías, aunque abiertas*”.

4. MUERTOS Y RESUCITADOS CON CRISTO

Por el bautismo nos unimos a Cristo, que muere y resucita para nuestra salvación. Así vivimos con Cristo el misterio pascual: “Por el bautismo fuimos sepultados con Cristo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rm 6,4-6).

En el bautismo, la muerte y resurrección de Cristo se hacen nuestra muerte y resurrección. El agua bautismal, al pasar, nos hace morir con Cristo. Al morir con Cristo, nuestro pecado queda sepultado. El agua del bautismo, al pasar, nos hace también resucitar con Cristo. Para nosotros “resucitar” es empezar a vivir como “**hijos de Dios**”, llenos de una vida nueva. Así quedamos convertidos en cristianos para siempre. El Espíritu Santo pone en nosotros un sello de que pertenecemos a Cristo y a la Iglesia.

Pase lo que pase y para siempre. Este sello se llama “carácter bautismal”. Si luego no vivimos cristianamente, no se notará nuestro “carácter” de cristianos.

Quien recibe las aguas bautismales queda transformado en “**nueva criatura**”, en quien pasó lo viejo y todo está renovado gracias a su incorporación sacramental a Cristo (2 Cor 5,17; Rm 8,1-10; Gal 6,15); Cristo ha inaugurado en el mundo la era del hombre nuevo: “Vosotros, en cambio, no es así como habéis aprendido a Cristo, si es que es él a quien habéis oído y en él fuisteis adoctrinados, tal como es la verdad en Cristo Jesús; es decir, a abandonar el anterior modo de vivir, el hombre viejo corrompido por deseos seductores, a renovaros en la mente y en el espíritu, y a revestiros del hombre nuevo creado a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas” (Ef 4,23).

Esta “novedad” no representa una aniquilación del ser humano, sino una transformación del sentido de su existencia, pues el destino de este hombre nuevo, el cristiano, es ahora “irse transformando en imagen de Dios traslúcida” (2 Cor ,18) y “formar este varón /mujer perfecto en la madurez del desarrollo a la medida de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13). El hombre y la mujer nuevos se guiarán por el nuevo Espíritu y la nueva ley del Evangelio.

5. LOS DOLORES DEL SEGUNDO NACIMIENTO

La costumbre del bautismo de los niños nos ha hecho perder de vista la magnitud del *desgarramiento* interior que suponía a muchos adultos tomar la decisión de bautizarse. Quizá las luchas y angustias de san Agustín hasta que se decidió a dar el paso puedan ayudarnos a comprender la seriedad del bautismo; así nos lo cuenta en el libro de “Las Confesiones”: “¡Oh, Dios mío! Me gritaban todos mis huesos que debía ir a ti... Con todo, no iba. Cuando yo deliberaba sobre consagrarme al servicio del Señor, Dios mío, conforme hacía ya mucho tiempo lo había dispuesto, yo era el que quería; y el que no quería, yo era. Más porque no quería plenamente, ni plenamente no quería, por eso luchaba conmigo y me destrozaba a mí mismo. Y me decía a mí mismo interiormente: “¡Ea! Sea ahora, sea ahora”; y ya casi pasaba de la palabra a la obra, ya casi lo hacía; pero no lo llegaba a hacer... pudiendo más en mí lo malo arraigado que lo bueno desacostumbrado. Tal era la lucha que había en mi corazón, de mí contra mí mismo”.

A la hora de adquirir un compromiso semejante, muchas personas se sentirían hoy también paralizadas como san Agustín. Sin saber qué circunstancias nos rodearán en el futuro, ¿quién se atreverá a escribir por delante su autobiografía? Pero realmente esta decisión por la que una persona toma con firmeza las riendas de su propia vida, sin dejarse desviar por los influjos exteriores, es lo que la constituye como persona. Nietzsche escribió en cierta ocasión que *el hombre es distinto del animal porque puede hacer promesas*.

Lo terrible es que cuando un hombre promete algo, en el fondo está todo por hacer. San León Magno decía a los recién bautizados: “Que vuestra vida realice ahora lo que ha significado el sacramento”. Pero el neófito descubrirá al día siguiente de su bautismo que, si bien había ahogado *sacramentalmente* al hombre viejo, *en la realidad* parecía gozar todavía de buena salud y continuaba, como decía san Agustín “una especie de guerra civil contra nuestros vicios interiores”.

Para lograr enterrar *efectivamente* al hombre viejo y desarrollar la vida nueva de hijo de Dios hará falta en realidad toda la existencia. Como exhortación a no descuidarse, nada más salir del agua se entregaba al recién bautizado una vela que recordaba la lámpara de las vírgenes de la parábola (cf. Mt 25,1-13). Sabiendo que toda la vida es tiempo del bautismo, se entiende mejor el sentido de la unción *prebautismal*: antes de bajar el catecúmeno a la piscina, le ungián todo el cuerpo con aceite, igual que a los atletas cuando iban a comenzar un combate. Esta unción, que quería curtirle para el enfrentamiento con el adversario, al que se suponía viviendo en las aguas de muerte que iba a atravesar, es realmente unción para la vida entera, puesto que la vida entera es recorrer en realidad el camino que la piscina representa sacramentalmente.

6. ESTO PEDIMOS AL SEÑOR, entre otras cosas, AL SER BAUTIZADOS

- *“¿Oh Dios!, que nos haces partícipes del misterio de la muerte y la resurrección de tu hijo, concédenos que, fortalecidos por el Espíritu de la adopción filial, caminemos siempre en novedad de vida”.*
- *“Te pedimos, Señor, que el poder del Espíritu Santo, por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente, para que los sepultados con Cristo en su muerte, por el bautismo resuciten con él a la vida”.*
- *“Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que os ha liberado del pecado y dado una nueva vida por el agua y el Espíritu Santo, os consagre con el crisma de la salvación para que entréis a formar parte de su pueblo y seáis para siempre miembros de Cristo, sacerdote, profeta y rey”.*
- *“N., eres ya una nueva criatura y has sido revestido de Cristo. Esta vestidura blanca sea signo de tu dignidad de cristiano. Ayudado por la palabra y el ejemplo de los tuyos, consévala sin mancha hasta la vida eterna”.*
- *“El Señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos, te conceda, a su tiempo, escuchar su Palabra y proclamar la fe, para alabanza y gloria de Dios Padre”.*

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- **Lectura y reflexión personal de los apuntes dados.**
- **Señala las motivaciones más frecuentes por las que crees que los padres suelen pedir el bautismo de sus hijos; ¿algunas son insuficientes?**
- **¿Te ha disgustado alguna vez que te hayan bautizado de niño/a?**
- **En el Libro de los Hechos de los Apóstoles, 8,26-40, se nos describe cómo sucedió el bautismo del ministro de la reina Candaces, por parte del diácono Felipe. Lee detenidamente el texto, señala las “etapas”, “pasos” o “secuencias” que allí se sugieren.**
- **Señala los aspectos del bautismo que mejor comprendes y vives, y procura ahondar en las razones por las que es así.**
- **Lee, “rumia” y ora con los textos de las oraciones propuestas en el tema.**
- **Poner en común en los grupos lo que nos ha enriquecido el tema**